

MIGUEL ALEMÁN O LA DESMESURA DEL PODER

Elisa Servín*

Como ningún otro presidente de la historia contemporánea mexicana, Miguel Alemán terminó su periodo de gobierno rodeado de entusiastas admiradores y partidarios, que insistieron en profesarle públicamente su admiración y agradecimiento, aun cuando faltaban pocos días para que terminara su mandato y el presidente electo, Adolfo Ruiz Cortines, se preparaba para recibir la banda presidencial, el 1° de diciembre de 1952.

La popularidad presidencial respondía a una combinación de diversos factores: en primer lugar, la promesa cumplida para los sectores de mayores ingresos y para una creciente clase media de llevarlos, a lo largo de seis años de gobierno, por el camino de la modernidad y el progreso, el desarrollo industrial y la urbanización. Así lo ejemplificaba con toda claridad la expansión de la ciudad de México, que a partir de la segunda mitad del sexenio alemanista había extendido sus límites urbanos tradicionales, a la vez que se alimentaba de la llegada masiva de migrantes, atraídos por la oferta de trabajo que generaba el creciente desarrollo industrial. Nuevos asentamientos obligaban a la construcción de nuevas colonias y avenidas, destinadas, sobre todo, a beneficiar a la clase media, a la vez que se iniciaba la construcción y dotación de vivienda para sectores privilegiados por el régimen, como la propia burocracia gubernamental. Las avenidas Reforma e Insurgentes se conformaban como los nuevos ejes de la vida financiera y comercial en una ciudad que se adentraba en las costumbres del *american way of life* y festejaba el establecimiento de cadenas comerciales como Sears Roebuck, que modificarían los estilos del comercio y el consumo tradicional.

Otro factor que sin duda incidía en la popularidad presidencial de fin de sexenio era el control que el presidente había logrado mantener sobre la clase política, una vez concluida la intensa disputa generada por la sucesión presidencial y las candidaturas opositoras del general Miguel Henríquez Guzmán y los licenciados Vicente Lombardo Toledano y Efraín González Luna. Aunque a lo largo de 1950 y 1951 los colaboradores más cercanos del presidente habían trabajado de manera afanosa por la reelección de Alemán o la prórroga de su mandato, el rechazo a cualesquiera de estas posibilidades, expresado por

los cardenistas y otros grupos políticos y sociales, obligó al presidente a designar a un sucesor. No obstante, su fuerza política siguió siendo considerable no sólo en los últimos meses de su mandato, sino en los años siguientes. Así, la popularidad del presidente formaba parte del control alemanista sobre una maquinaria priista bien aceiteada, que salía del proceso electoral de julio de 1952 con "carro completo" en casi todos los cargos de elección popular.

El periodo presidencial de Miguel Alemán coincidió con la expansión tecnológica de los medios de comunicación durante la posguerra. Personajes cercanos al presidente, como Rómulo O'Farrill y Jorge Pasquel, formaban parte del pequeño y selecto grupo dueño de radiodifusoras, productoras cinematográficas y empresas editoras de periódicos y revistas, en el que destacaba Emilio Azcárraga Vidaurreta. La fuerte presencia de la imagen presidencial en la prensa, los noticieros cinematográficos, y de manera incipiente en la televisión, formaba parte de una estrecha alianza con los empresarios de la comunicación, sostenida en una ideología común desarrollista, empresarial y anticomunista, y en toda clase de privilegios fiscales y subvenciones económicas. De ahí que la popularidad de Miguel Alemán se explicara también por ser objeto de la alabanza constante en los medios de comunicación, que insistían en propagar, sin asomo de crítica, las virtudes del proyecto modernizador del alemanismo y el carisma personal del presidente. Al acercarse el fin de su mandato, Miguel Alemán fue el centro de una intensa campaña de difusión en torno a la vocación constructora de su régimen, que culminaba con una nueva red de carreteras y líneas ferroviarias, canales de irrigación y obras públicas en todo el territorio nacional y en una ciudad de México urbanizada a paso veloz.

A lo largo de los últimos meses de gobierno, Miguel Alemán recorrió el país inaugurando obras y recibiendo homenajes de toda índole por los logros de su gestión. Las crónicas periodísticas hablaban de desbordantes multitudes, entusiastas concentraciones de ciudadanos, multitudinarios recibimientos y febriles manifestaciones de agradecimiento al presidente por la construcción y la inauguración de escuelas, viviendas, hospitales, presas y carreteras. Imbatibles como los campeones de la gratitud, los miembros de la Unión de Inquilinos del Territorio Norte de Baja California propusieron al Congreso de la Unión que el 1° de septiembre fuera declarado "Día del Presidente Alemán" y se izara la bandera en todos los edificios oficiales. Así expresaban su reconocimiento por el decreto presidencial que hacía de Baja California un nuevo estado de la federación.¹



1 *Tiempo*, núm. 545, 10 de octubre de 1952.

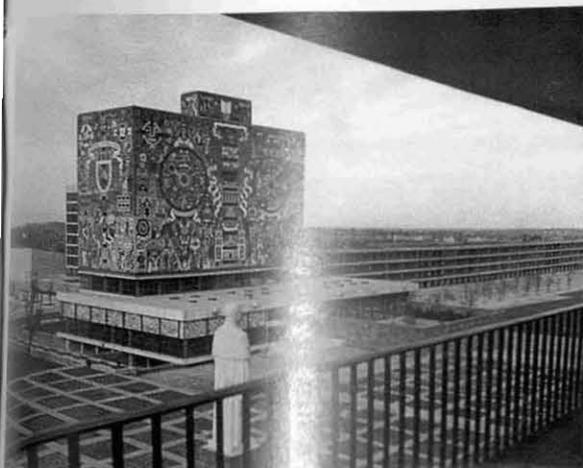


Foto: CESU

La inauguración de las nuevas instalaciones para Ciudad Universitaria fue el punto culminante en los festejos y homenajes. Producto del énfasis alemanista en la modernización del país, el desarrollo de la educación y las ganas de alzarse ante la comunidad internacional como un país, una ciudad y un gobierno a la altura del primer mundo, Ciudad Universitaria representaba lo que el discurso oficial repetía incansablemente: el culto al progreso, a la modernidad y a un régimen que trabajaba en beneficio de la educación y la cultura. El énfasis puesto a lo largo del sexenio en la vocación y el origen universitarios del presidente propició que las palabras universitario, licenciado y alemanista se convirtieran en sinónimos de la nueva generación que conducía los rumbos del país. Para coronar esta versión, el 18 de noviembre se develó una "grandiosa estatua" del propio presidente Alemán vestido de toga, que lucía, imponente, en la explanada de la Torre de Rectoría, en el corazón de las nuevas instalaciones. Ciudad Universitaria fue inaugurada por Miguel Alemán el 20 noviembre de 1952, designado como el Día de la Dedicación del Estudiante. La fecha de la inauguración había sido escogida "porque el presidente era producto y herencia de la Revolución mexicana". A las 11 de la mañana, acompañado por las autoridades universitarias y rodeado de funcionarios y fotógrafos, en una "ceremonia académica", el presidente "dedicó la Ciudad Universitaria a la Universidad Nacional Autónoma de México", y entregó simbólicamente las nuevas instalaciones al rector Luis Garrido, que pese a haber terminado su periodo desde el mes de julio, fue reelegido por la Junta Universitaria seis meses más a instancias del presidente.² Ese mismo día, a las cinco y media de la tarde, Alemán inauguró las instalaciones del Estadio Olímpico y presenció la exhibición de eventos deportivos.

No conformes con ambas ceremonias y la develación de la estatua, las autoridades universitarias, secundadas por "las universidades de provincia y los institutos de cultura de toda la república", auspiciaron un "Homenaje Nacional al Señor Presidente de la República, Licenciado Miguel Alemán", a cuyo comité organizador se unieron los sectores industrial, bancario, comercial, obrero y femenil.

El 22 de noviembre, a las ocho de la mañana, se inició el homenaje en Los Pinos con *Las mañanitas*, entonadas por la porra universitaria, estudiantes, obreros y campesinos. Al terminar, el campeón internacional de oratoria, Gonzalo Vázquez Colmenares, pronunció un "discurso de ofrecimiento". En forma simultánea, diversos sectores recorrieron las calles de las capitales de los estados y de algunos barrios de la ciudad de México, cantando también *Las mañanitas* al presidente.

² Tzvi Medin, *El sexenio alemanista, Era*, México, 1990, págs. 144-145.

A las 11 de la mañana se desarrolló una recepción en Palacio Nacional para todas las delegaciones de los organismos y las instituciones que colaboraron en el homenaje. El rector Garrido pronunció el discurso en nombre de todos ellos. Finalmente, a las 19 horas se llevó a cabo una velada en el Palacio de Bellas Artes con la participación de la Orquesta Sinfónica de la UNAM y el Coro de la Universidad Veracruzana. En esta ocasión el discurso lo pronunció el rector de esa universidad, el licenciado Arturo González Llorente. De acuerdo con reportes periodísticos, asistieron más de tres mil personas de todos los sectores sociales.

El homenaje cerró con broche de oro la larga cadena de inauguraciones, distinciones, despedidas y festejos con los que Alemán terminó su gestión. El culto a la personalidad y la ausencia de crítica a las acciones presidenciales en los círculos de la política oficial se conformaban como un rasgo distintivo del desbordado presidencialismo del medio siglo xx mexicano. No fue hasta 1952, a lo largo de las campañas electorales que realizaron los partidos de oposición, cuando se expresaron severas críticas y cuestionamientos al proyecto de desarrollo alemanista y, sobre todo, a sus resultados. Los candidatos opositores denunciaron constantemente la corrupción imperante en el régimen y criticaron el "amiguismo" presidencial, que había redundado en beneficios económicos de toda índole para el círculo más cercano al presidente y para su familia.

Hasta entonces poco se dijo respecto al hecho de que la construcción de obras de irrigación, carreteras y obras públicas, desarrollo urbano e infraestructura resultaran grandes negocios para los que aprovecharon su relación con el presidente. El crecimiento de la industria de la construcción en el Distrito Federal fue un jugoso negocio para los alemanistas. La edificación de Ciudad Universitaria aumentó la plusvalía de los terrenos al sur de la ciudad y contribuyó al desarrollo de zonas residenciales como el Pedregal de San Ángel, hasta ese momento refugio de "paracaidistas". Pronto el Pedregal rivalizó con las Lomas de Chapultepec como la zona más cara de la ciudad.

En el transcurso de los años siguientes, la estatua universitaria de Miguel Alemán fue atacada en varias ocasiones, dinamitada por lo menos dos veces, pintarrajeada muchas más y finalmente cubierta por unos ominosos muros de lámina acanalada, hasta que las autoridades universitarias decidieron quitar para siempre lo que para algunos era la representación de un gobierno modernizador, interesado en el progreso, el desarrollo, la educación y la cultura, y que para otros no era sino el símbolo megalómano de un gobierno autoritario y corrupto que supo beneficiarse con la desmesura del poder. ■